

las bazas decisivas para que «Los bajos fondos» haya marcado la historia del teatro contemporáneo radica en su concepción dramaturgica, que en 1902 (fue estrenada el 18 de diciembre de este año por el Teatro de Arte de Moscú, bajo la dirección de Stanislavsky) eliminaba los habituales conflictos entre protagonistas y antagonistas en beneficio de una dimensión coral donde aquéllos desaparecían para dar paso a toda una colectividad, veremos hasta qué punto Renoir modificó —y minimizó— la propia esencia de la tragedia al aplicar sobre ella una óptica tradicional de tipo individualista, centrándose en las relaciones sentimentales existentes entre los cuatro personajes mencionados y en su descripción psicológica. Por otra parte, la tensión dialéctica que vertebraba la pieza tea-

tral nacía de las diferentes posturas que, ante lo real, la verdad y el hombre, eran mantenidas por el peregrino Luká y por Satin. En el film, el primero posee un carácter secundario, anecdótico, mientras que se ha prescindido insólitamente de Satin, cuyo famosísimo monólogo sobre la dignidad humana y el «hombre futuro» otorgaba a «Los bajos fondos» su último significado y ese aspecto prerrevolucionario de que antes hablabamos.

Creo, entonces, que la única aportación positiva de Renoir a Gorki consiste en el amplio desarrollo concedido al personaje de El Barón, beneficiado además por una particularísima interpretación de Louis Jouvet. En su tratamiento —y aquí ya entramos en la segunda vía de análisis— se percibe un típico toque renoiriano, el acercamien-

to cordial a un personaje que se ve desplazado de su rango social sin por ello perder los atributos formales de su comportamiento ya no sustentados por una base económica. En esa aproximación y en el invento y realce de la amistad de El Barón con Pepel (amistad al margen de los condicionamientos de clases que el mismo Renoir calificaría un año más tarde como «la gran ilusión») si encontramos resonancias del mundo propio del director francés, lo mismo que en el esperanzado final —que toma prestado al Chaplin de «Tiempos modernos», la justificación del asesinato solidario del oprimido o la necesidad de contacto con la Naturaleza que sus mejores films revelan. Aunque todo ello en «Les Bas-Fonds» sin la fuerza y convencimiento de otras ocasiones, sin esa vitalidad

que trascendía inmediatamente al espectador. Seguramente porque Renoir no era el cineasta más indicado para llevar a imágenes la obra de quien fue definido como «el Cristóbal Colón de los ex-hombres». ■ FERNANDO LARA.

Los años treinta según Bogdanovich

Buñuel decía que muchas de las películas que desde un punto de vista cinematográfico podrían ser defendibles, no lograrían, en cambio, la atención de un hombre culto al tener que conocer su argumento en versión literaria. Este juicio podría aplicarse tanto a la inocuidad temática de la gran mayoría de películas que se nos ofrece generalmente como a las posibilidades «mágicas» del cine para transformar esa inocuidad en algo soportable o interesante.

Algo de esto hay en la última película de Peter Bogdanovich estrenada en España. El autor de «¿Qué me pasa, doctor?» (y, sobre todo, de «The last picture show», sin duda su mejor obra, aún prohibida entre nosotros) es, como se ha dicho repetidas veces, un fanático del cine que sitúa su obra dentro de unas coordenadas específicamente cinematográficas. Fuera del ámbito del cine, la obra de Bogdanovich no tendría demasiado sentido, ya que a él se remite y en él encuentra su justificación (con la excepción de la ya mencionada «The last picture show», que amplía su perspectiva a una dimensión de crónica social y generacional de los años cincuenta). Heredando una tradición lingüística, temática y mitológica de los clásicos del cine norteamericano, Bogdanovich rinde homenaje a ese



«Luna de papel» («Paper moons»), de Peter Bogdanovich.

tiempo perdido y trata de reconstruir para el presente lo que de válido permanece de esa cinematografía. Pero dado que su postura no es analítica ni crítica, el mayor o menor acierto de sus películas dependerá de su hallazgo en cada caso. (De cualquier forma, este planteamiento de la obra de Bogdanovich es sólo válido como punto de partida; sería injusto no reconocer en él a un autor «de hoy», que, en sus «reconstrucciones» ofrece también una versión propia de nuestro mundo. Se quiera o no, inevitablemente ello es así.)

«Luna de papel», título de esta última producción, que nos ocupa ahora, ofrece, en su calidad de «reconstrucción», una difícil síntesis de géneros o paragéneros no alcanzada hasta este momento, que yo sepa, por el cine. En esta ocasión, Bogdanovich no se remite únicamente a una faceta de la comedia (como en «¿Qué me pasa, doctor?» ni del terror (como en «Targets») ni del cine del Oeste (como en «The last picture show»), sino a toda una época —los años treinta— en su explicación cinéfila. La niña prodigio (aquí, la sorprendente y magnífica Tatum O'Neal) y sus peripécias que acaban corrompiendo a los adultos y demostrando lo absurdo de algunas de sus conductas, la ley seca y su mundo de corrupción, la nostalgia de la comedia tierna, los correteos vodeviles-

cos, plasmado todo en una lejana fotografía en blanco y negro (obra en esta película del espléndido Laszlo Kovacs). En este sentido, «Luna de papel» se nos presenta como una excelente síntesis, de homogeneidad autónoma y como nueva prueba del dominio lingüístico y técnico del joven Bogdanovich.

Sin embargo, en función de las necesidades expresivas de un autor «de hoy», creo que el resultado puede calificarse de insuficiente, y es aquí donde tendría cabida la frase de Buñuel que se cita al principio. Como juego para cinéfilos, y sostenimiento de una determinada visión del cine, «Luna de papel» alcanza seguramente uno de los ejemplos más interesantes y dignos. En la medida en que un cine de género es, por simple definición, defendible o atacable, lo es esta película de Bogdanovich. Pero también sólo en la medida en que un género por sí solo puede llegar a interesar, puede hacerlo esta película.

El apasionamiento por el cine en sí mismo se traduce aquí en una visión determinada del mismo y del mundo que refleja. Y posiblemente «Luna de papel», al no contar con una óptica comprometida de su autor, con una actualización ideológica de «tics» cinematográficos, se queda a medio camino entre la grandeza y la miseria. No sería lícito pretender que «Luna de papel», al margen de su humor, de su nostalgia

TEATRO PARA NIÑOS

«LOS LEONES»

Renace el Teatro Popular Infantil con el espectáculo «Los leones», de Pilar Enciso y Lauro Olmo, cuyas primeras representaciones se han dado en el madrileño teatro Arniches, los sábados y domingos, en sesiones de cuatro de la tarde. Inspirándose en diversos apólogos y fábulas clásicas, la obra recoge en su primera parte —«El león engañado»— la tiranía que el llamado rey de la selva establece sobre sus súbditos y la manera en que éstos tratan de escapar de ella. Manera que se concreta y amplía en la segunda mitad —«El león enamorado»—, cuando la rebelión tiene éxito mediante la alianza efectiva de la gata, el loro y el burro, que —junto con el león como antagonista— son protagonistas únicos de la pieza. El espectáculo se convierte, pues, en una ejemplificación de la máxima «la unión hace la fuerza», en mostrar cómo la solidaridad activa puede intervenir en el curso de los acontecimientos al oponerse colectivamente a un dominio despótico. Digamos que esta «moralaja» y una crítica al poder ejercido caprichosa y tiránicamente subyacen en el contenido de esta obra infantil, e informan de la

postura ética de Pilar Enciso y Lauro Olmo ante el material narrativo que ponen en pie.

Ambos son expertos conocedores del teatro para niños, al que llevan ya dedicados varios textos. Por ello, saben de las características formales que dichas obras han de poseer, del imprescindible dinamismo escénico, mezcla de elementos expresivos y simplificación dramática que todo espectáculo infantil debe mantener para que la comunicación con los niños se produzca. Así, «Los leones» contiene diversas escenas cantadas o bailadas, proyección de diapositivas, movimientos de mimo, maquillaje, vestuario y decorados concebidos según un tratamiento de contraste cromático... y una interpretación de contagioso entusiasmo llevada a cabo por Carmen Belloch, Carlos Piñero, Jesús Franco y Francisco Gómez Valdivielso, bajo la dirección de Carlos Marco. En suma, y a pesar de la angostura del espacio utilizable en el Arniches —que resta brillantez y posibilidades tanto a la escenografía como al movimiento de los actores—, es «Los leones» un buen y recomendable espectáculo infantil.

■ R. V.